

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIII

Junio de 1946

Núm. 252

Puntos de vista

Continuidad de una cultura

*F*RANCIA ha tenido siempre una sabia política cultural. París, situado estratégicamente en el punto central y neurálgico de la cultura europea, parecía tener como misión la de transmitir todo aquello que suponía una novedad literaria, dándola a conocer a los cuatro ámbitos del mundo.

Durante cuatro años Francia vióse obligada a enmudecer. Cesó de pronto la magnífica irradiación de una cultura milenaria y los pueblos de América se vieron privados de aquella voz espiritual que sin pausa llegaba a estas costas con singular fidelidad. Nuestros estudiosos carecieron de libros y las traducciones al francés de obras escritas en otras lenguas no asequibles a ellos. Se interrumpió la llegada de revistas, de diarios. Notamos en seguida que algo nos faltaba con la ausencia de estos nobles mensajeros de la idealidad.

Parecía como si la cultura francesa tras muchos siglos de admirable desarrollo y de ennoblecedoras conquistas hubiera desaparecido sin dejar ningún rastro. Un elemento importante faltaba en nuestra mesa de trabajo. Quedamos de pronto mancos de un órgano imprescindible. Nombres admirados, nombres queridos, se perdieron súbitamente en las brumas de un país caído.

Durante muchos meses poco era lo que sabíamos de aquellos artistas que hasta entonces eran una guía y una lección permanente para todos. Nada supimos del teatro francés, ni de su poe-

sía, ni de su música, ni de su pintura. Entre las tragedias espantosas de la guerra este enmudecimiento de la cultura no era de las menos graves. Y es que el arte, la literatura, la creación espiritual, son el alma de un país. Cuando la cultura es aherrada y amordazada la libertad creadora de los artistas, los pueblos dejan de ser un ser espiritual con posibilidades de progreso moral.

Aquellas circunstancias cesaron. Y ahora, desde París, con regularidad admirable llegan hasta nosotros muchas de las revistas y libros franceses. La vieja voz gala vuelve a sonar con honda sensibilidad. De nuevo, nombres queridos aparecen al pie de ensayos y de artículos. Nombres nuevos se unen a los maestros y nacen tendencias literarias de perfiles inéditos.

El teatro se remoja. Un nombre nuevo Jean-Paul Sartre, defensor del «existencialismo literario», se revela como un novelista de originales tendencias. Se traduce a los novelistas norteamericanos y los escenarios parisienses vibran con el dramático acento de las tragedias de Federico García Lorca.

En las columnas de las revistas se advierte una inquietud extraordinaria para tratar todos los problemas que plantea la creación literaria. Se observa un deseo de renovar métodos y de suprimir estrechos nacionalismos artísticos. Así, todos los escritores están de acuerdo sobre la necesidad de traducir lo mejor que se produzca en cada país. Francis de Miomandre traduce a Gabriela Mistral y en la revista «Les nouvelles littéraires» le dedica un penetrante estudio. Esta misma publicación inserta en otro de sus números una novela corta de Salvador Reyes y dedica frases muy elogiosas al colaborador de «Atenea», Augusto D'Halmar.

Hay, pues, un evidente deseo de airear la cultura francesa con la aportación de elementos foráneos que la vivifiquen y la enriquezcan. En cierta manera la obligada vacación de la cultura gala en los años de la ocupación ha servido al menos para que los escritores franceses dirijan sus miradas a los países de nuestra América para buscar en ellos nuevas formas de expresión. Con

lo cual las letras de Francia siguen justificando su título de introductoras de la cultura y trasmisoras a todos los países del globo.

Los nombres de publicaciones nuevas son abundantes. Entre ellas hemos podido ver «Fontaine», «Confluences», «Cahiers du Sud», «Littérature Française» y otras muchas que siguen, con nuevos modos y con nuevas inquietudes, dentro de la más pura tradición literaria francesa.